

## BILLETE DE IDA Y VUELTA

“¿Te vuelves andando?”, me pregunto en voz alta en la Plaza del Obradoiro una soleada mañana de marzo después de haber llegado hasta allí caminando desde mi casa en Madrid. Ese día toda España vota en unas elecciones históricas por sorprendentes mientras yo me planto la misma ¿tonta? Pregunta que me hicieron en ese mismo lugar cuatro años antes. Desde aquel día ronda por mi cabeza la idea de peregrinar a Santiago de Compostela como se hacía en la Edad Media, es decir, caminando en soledad ida y vuelta desde mi casa.

Y esta vez no dejé escapar la oportunidad.

Y nada más dar el primer paso, surge la primera complicación. ¿Qué ritos debo actuar? No hay nada escrito, que yo sepa, sobre los ritos y las celebraciones que seguían los peregrinos al partir de Santiago. Hoy en día todo está pensado para caminar en una dirección, hacia el oeste. Desde la Bendición del peregrino en Roncesvalles hasta la bienvenida en la Catedral en la Misa del Peregrino. Pero al irse ¿qué pasaba? Y no es extraño este olvido actual. Si comparamos, vemos que siempre nos han contado las emociones que sintieron los astronautas al ver por primera vez la tierra desde el espacio pero nada sabemos de sus sentimientos al dejar la luna. Pueden que incluso quisieran quedarse allí para poder ver en la distancia las miserias y las guerras de nuestro planeta.

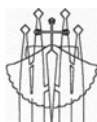
Así que me fui al Pórtico de la Gloria e hice el gesto que más me conmueve de todo el Camino de Santiago, poner la mano en la columna del parteluz. Mientras decía “hasta pronto” imaginé a miles de

peregrino despidiéndose de la misma manera. Si alguna vez existió un rito de despedida seguro que no era muy diferente a éste.

¿Que qué se siente al caminar de vuelta? Pues es un caminar más pausado, más despreocupado y alegre, dibujando el Camino como una carretera de doble dirección. Yendo a contra dirección te das cuenta de que es éste su sentido natural, que alguna vez hubo un Camino con gente cruzándose y preguntándose unos a otros “¿Cómo está Santiago? Me hicieron esta pregunta varias veces y al principio sonaba cómica, parecía que Santiago era una persona. Y fue una visión nueva descubrir el gesto de ansiedad de los peregrinos primerizos por querer llegar a la supuesta meta.

Pero caminas solo, en la más absoluta soledad. Nadie camina de vuelta y, por tanto, pasas mucho más rato charlando contigo mismo. Incluso inventas juegos, como ese de “Busca al Peregrino Wally”. Por la noche, en el albergue, te hablan de tal o cual personaje que viene tras ellos y al día siguiente te tiras horas escrutando peregrinos hasta dar con él. Recuerdo que me hablaron de cuatro yupis de una conocida y grandísima empresa que iban disfrazados de Coronel Tapioca. Los busqué al día siguiente y cuando los vi me paré a charlar con ellos y en mitad de la conversación dije como si nada “Tenéis pinta de mandar mucho en Telefónica”. Se miraron con cara de asombro, supongo que creyeron que era un milagro del Apóstol.

Al volver te paras a saludar en aquella casa donde a la ida te dieron de desayunar o en aquel otro lugar donde te lavaron la ropa. Tocas a la puerta, toc-toc, y cuando te abren pones la mejor de tus sonrisas, “Os acordáis de mi, pasé por aquí hace un mes yendo a Santiago....”. Siempre que alguien me echa una mano o me da hospitalidad en cualquiera de los Caminos agradezco su gesto diciendo que me acordaré de él o ella al abrazar al Santo y ésta ha sido la única vez que ha



vuelto a buscar a esa persona para decirle que, efectivamente, al abrazar al Santo le he tenido presente en la memoria. Y ha sido un reencuentro muy bonito.

Después de haberte hecho 650 kilómetros de ida, el cuerpo te responde al 100% en los 650 de vuelta. Sin ampollas ni tendinitis, la cabeza vuela perdiendo la noción del tiempo y del espacio. Sólo te preocupas de disfrutar del momento, del día, y esa fue una sensación nueva para una persona enfermiza de la planificación como yo.

Los kilómetros caen uno detrás de otro hasta que un día subes una loma y ves, por primera vez, tu ciudad a lo lejos. Su silueta es diminuta y está rodeada por un halo de contaminación, pero da igual, es una estampa bellísima. Yo vi Madrid al atardecer, en primavera, y sentí una felicidad inmensa como muy pocas veces he sentido. Allí están los míos, pensé. Mi familia y mi gente. Y mis vecinos, aunque faltaban 198 que mataron en mi ausencia y varios miles más que estaban heridos. Estuve un buen rato mirando Madrid en la distancia, como los astronautas miraban a la tierra, y me pregunté de que me había valido todo ese caminar. Y caí en la cuenta de que cualquier Peregrinación, con mayúscula, de ida y vuelta, no es llegar a Santiago sino volver a tu casa, con los tuyos, en Paz con mayúscula y con la cabeza mejor amueblada después de haber caminado varios meses en soledad. Y además, en aquella loma por primera vez pude imaginar la angustia y la tristeza que deben sentir los emigrantes y los exiliados. Y sentí que soy un tipo con suerte, que al fin y al cabo, no me puedo quejar mucho.

Cuando por fin llegas a tu casa y cierras la puerta tienes una extraña sensación de satisfacción, de trabajo bien

hecho, inexplicable a quien te rodea, incluso a otros peregrinos. No es que te sientas superior porque has caminado más que otros, es que te sabes conocedor de un secreto perdido hace algunos siglos: el sentido más tradicional y auténtico de la palabra Peregrinación.

Y curiosamente también pierdes el sentimiento de ansiedad que te da cuando vuelves de Santiago. Echas de menos el caminar, El Camino, sin duda alguna, pero es una añoranza más madura, menos ansiosa y menos obsesiva. Sabes que has cerrado el círculo, que has completado el ciclo y te sabes satisfecho. Y eso da tranquilidad.

¡Ah! Y volví a Santiago de Compostela varios meses después caminando desde Oviedo. Me dio alegría volver a ver una flecha amarilla y meterme en la ¿disciplina? del Camino, pero la experiencia no fue igual, ni por asomo. Quizá sea esta la única pega que tiene sacarse un billete de ida y vuelta, que el siguiente paso parece ya imposible. Es como los gimnastas olímpicos, que en

cada salto dan una vuelta más en el aire. ¿Cuál será mi siguiente pirueta jacobea?

Me pidieron un articulillo donde contara que se siente al ir y volver de Santiago. Y he procurado contar lo más característico desde mi punto de vista pero cada cual hacemos nuestro Camino, con nuestras neuras y nuestras alegrías. Y cada uno de los que estáis leyendo esto lo vivirá de una manera diferente.

Lo único que os puedo decir es que la pirueta merece la pena y que si un día podéis ser gimnastas y/o astronautas, además de peregrinos, no dejéis escapar la oportunidad.

Merece la pena. De verdad.

**Sabes que has  
cerrado el  
círculo, que has  
completado el  
ciclo y te sabes  
satisfecho. Y  
eso da  
tranquilidad.**

A. Area

**Pág. VII**

